

CABALGAMOS

ROBERT BROOKS

—Mograine.

Atardecer. Violeta en el horizonte. El frescor de la noche se asienta y se entremezcla con las volutas de niebla helada que se filtran por la necrópolis.

—Mograine.

El frío no le llegaba. Era algo que solo podía afectar a los vivos.

—Alto señor Mograine, ¿qué ha pasado?

A través de la niebla que rodeaba la fortaleza flotante de Acherus, Darion Mograine podía ver las Islas Abruptas en toda su extensión. Las tranquilizadoras luces de Suramar. La silueta muerta de la Tumba de Sargeras, ya extinto su fulgor vil. El lejano pico de Monte Alto, con sus cumbres nevadas reflejando el naranja de los últimos rayos de sol.

«"PORQUE ESTOY A PUNTO DE
PEDIROS QUE ME AYUDÉIS A
MATAR A BOLVAR FORDRAGÓN",
REPLICÓ MOGRAINE».

Tranquilidad. Silencio. Como siempre desde la derrota de la Legión.

—Mograine, ¿sigues aquí?

El filo de una espada le presionó con fuerza la nuca. Un golpe de muñeca y sus problemas desaparecerían. Darion Mograine giró la cabeza y le devolvió la mirada a la mujer que sostenía la espada.

—Por ahora —contestó.

—¿Cómo puedo estar segura? —preguntó Sally Melenablanca con sus brillantes ojos bien abiertos bajo el pelo níveo. Junto a ella había un orco y un humano, que no se movieron para intervenir. Una decisión inteligente.

—Porque estoy a punto de pedirlos que me ayudéis a matar a Bolvar Fordragón —replicó Mograine.

La Presencia en la mente de Mograine no se inmutó. Eso lo sorprendió, pero las reacciones de los otros tres le interesaban más.

Thoras Aterratrols hizo una mueca y bajó la mirada. Nazgrim musitó una maldición orca y escupió en el suelo. Melenablanca se limitó a sonreír y bajó el arma.

—Fantástico. No deseo nada en la vida como matar al Rey Exánime —dijo ella.

—Tú siempre tan jocosa, Melenablanca —dijo Aterratrols.

Mograine miró hacia otro lado. Su mirada se posó en las islas, y se concedió un último vistazo a una tierra en paz. Un último momento de serenidad. Después se dio la vuelta y lo expulsó de su mente para insensibilizar los restos de su alma.

La serenidad ya no le serviría de nada.

—Tenemos que hablar. Solo los Cuatro Jinetes —dijo Mograine. Se volvió al orco—. Nazgrim, haznos el favor.

El orco se giró hacia la tripulación de Acherus, gruñendo como un sargento de instrucción de Orgrimmar.

—Fuera. Fuera de aquí *ahora mismo*. Como tenga que repetirlo, voy a...

Los esbirros no-muertos empezaron a dispersarse obedientes a las órdenes de Nazgrim. Aquellos que aún conservaban una chispa de intelecto se habían acostumbrado al estilo único de mando del orco. El resto (cualquier que hubiese sido alzado como no-muerto sin conservar la mente intacta, cualquier que, sin la influencia de los Cuatro Jinetes, sería simplemente una Plaga en Azeroth) obedecía sin rechistar, ya fueran las órdenes gritadas, habladas o directamente impuestas en su voluntad.

Mograine dejó que Nazgrim se divirtiera. Había una mesa de mando cerca de la ventana. Desenvainó su espada, engalanada con runas que le habrían parecido blasfemas en vida, y la reposó.

Los demás se unieron a él en la mesa. Nazgrim también, un par de minutos después. Los brillantes ojos del orco estaban exultantes por la diversión. La no-muerte arrancaba ciertas partes del alma, pero Nazgrim siempre parecía agradecido de haber mantenido su amor a la autoridad. Comprensible en alguien que murió siendo general.

La sala quedó en silencio. Aunque no había nadie lo bastante cerca de los Cuatro Jinetes como para escucharlos a escondidas, eso no significa que estuvieran más seguros. Si Bolvar quisiera escuchar hasta la última palabra mediante la Presencia en sus mentes, Mograine dudaba que pudieran impedirsele.

«Maldita sea, Bolvar, ¿por qué no te explicas?».

Mograine se quedó mirando su espada, sumido en sus pensamientos.

—¿Habéis percibido algo del Rey Exánime hoy? —preguntó. Se refería a la Presencia—. Órdenes, sensaciones..., lo que sea.

Los otros tres intercambiaron miradas. Aterratrols contestó primero.

—Nada. Puede que una pizca de ira, pero nada más.

Nazgrim y Melenablanca asintieron. Mograine cerró los ojos.

—¿Qué sentís ahora mismo de él?

—Nada —dijo Melenablanca.

—Vuelve a intentarlo —insistió Mograine—. Prueba a sentir *cualquier cosa* del Rey Exánime. Busca su mente.

Ella le lanzó una mirada curiosa y cerró los ojos. Los demás la imitaron. Pasaron unos instantes mientras se concentraban.

—Aún nada —dijo Nazgrim.

—¿Los demás tampoco? —preguntó Mograine. Los otros dos asintieron con la cabeza—. Entonces os diré la verdad. Bolvar no respondió a ninguna de mis preguntas cuando lo confronté. Aún no tengo ni idea de por qué nos ha aislado. Aún no tengo ni idea de lo que planea. Le exigí respuestas, o al menos la promesa de que continuaría manteniendo a raya el poder del yelmo. Se negó. Así que lo... —Mograine vaciló—. Lo atacué. Bueno, lo intenté. Tomó el control de mi voluntad y me obligó a volver aquí. Básicamente, nos ha desafiado a enfrentarnos a él juntos. No es el Bolvar a quien juramos servir.

Melenablanca ya no sonreía. Ninguno lo hacía. Nazgrim entrecerró los ojos.

—¿Te dominó la mente y luego te liberó?

—Sí —dijo Mograine.

—¿Por qué no te destruyó en ese momento?

—No lo sé —respondió Mograine con franqueza.

Nazgrim musitó algo que Mograine no pudo escuchar.

Aterratrols empezó a dar golpecitos en la mesa con uno de sus dedos enfundados en guantelete. El sonido metálico resonó por la sala.

—¿Es una trampa?

—No lo sé —dijo Mograine.

—Esto es muy extraño, Mograine —dijo Aterratrols—. Bolvar sabe que sospechamos de él y que no puede intimidarnos fácilmente. Ahora ha confirmado nuestro mayor miedo: que tome el control de nuestra mente si lo contráramos. No es ningún necio; creo que esto es deliberado.

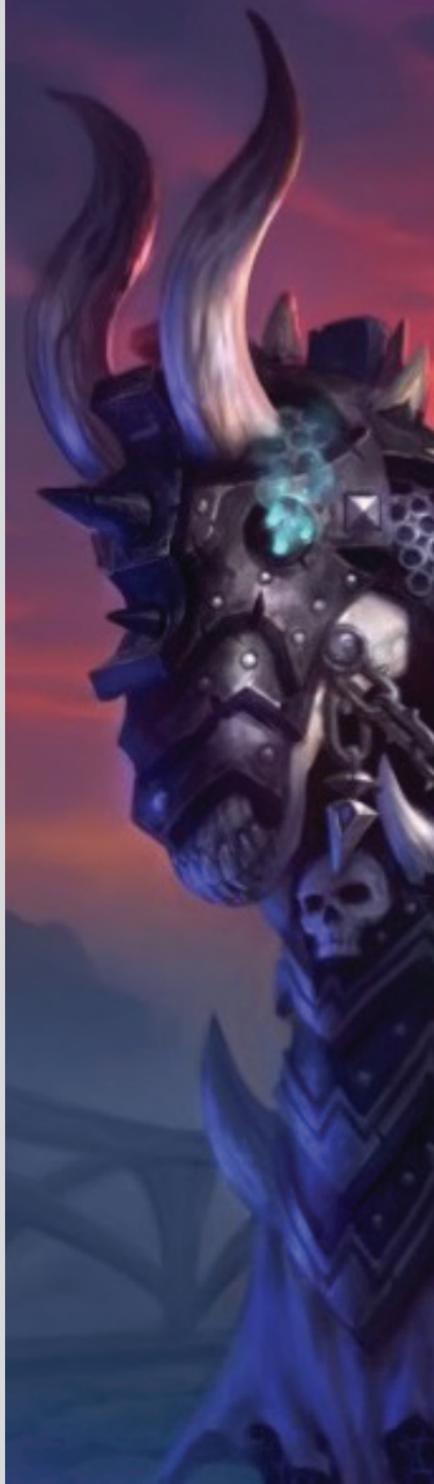
En el rostro de Melenablanca asomó por un instante un gesto de desdén.

—Es una amenaza: «Me vais a obedecer, queráis o no».

—Quizá —dijo Mograine—. O quizá no.

Nazgrim rumió otro improprio. Mograine sabía que iba a costarles aceptar. Eran los Cuatro Jinetes, los tenientes de confianza del hombre que retenía la marea de no-muerte. Pero ninguno conocía a Bolvar Fordragón desde hacía tanto tiempo como Mograine. Ninguno había visto la prisión de hielo de Bolvar hasta que se convirtieron en no-muertos. Ninguno había buscado durante años y por numerosos mundos la forma de aliviar a Bolvar de su terrible deber. Ninguno había presenciado el férreo e implacable espíritu de Bolvar Fordragón erosionándose bajo el imposible poderío de la corrupción del yelmo, consumiéndolo hasta un punto en que Mograine solo era capaz de oír los soplos roncós de su voz, entumecida y apagada por el dolor.

Pero, casi desde el momento en que los demás fueron alzados como



los Cuatro Jinetes, empezaron a compartir la preocupación de Mograine: la decisión de Bolvar de usar el poder del Rey Exánime para luchar contra la Legión (incluso aunque empuñara una ínfima parte del verdadero potencial del yelmo) podría haber abierto una puerta que nunca podría cerrarse.

—Fuisteis nombrados Jinetes de Bolvar por vuestro inusual sentido del deber y la lealtad. Sin embargo, os voy a pedir que cometáis el mayor de los pecados: el pecado de la traición. Os pido que matéis a Bolvar Fordragón, no porque entendamos lo que está haciendo, sino porque no lo hacemos. Me prometí a mí mismo que no le permitiría convertirse en el monstruo al que reemplazó, así que debo actuar incluso aunque no pueda tener éxito. —Mograine señaló la mesa y el arma que había sobre ella—. Bolvar me ha demostrado hoy que no puedo resistirme a su control. Si os unís a mí, guardadme la espada. No soy de fiar si la empuño.

Su veredicto llegó sin vacilación.

—Coge tu espada, Mograine —dijo Aterratrols—. Te necesitamos para la batalla que se avecina.

Nazgrim gruñó conforme.

—Sabíamos que este día llegaría. Cabalgaremos contigo.

Mograine miró a Melenablanca.

—¿Y tú?

Ella se limitó a sonreír.

Estaba decidido. «Ojalá pudiera hacer esto solo». La muerte le había robado a Mograine —y a todos los demás— el vibrante caleidoscopio de las emociones mortales. No podían conocer el amor, la felicidad o la ira del mismo modo que los vivos, pero Mograine había luchado con estos tres Jinetes contra la mayor amenaza a la que se había enfrentado Azeroth. A través del crisol del combate, había llegado a conocer y a admirar su indomable espíritu y su implacable corazón. Por el destino, por el deber o quizá por pura suerte, se habían convertido en los Cuatro Jinetes del Rey Exánime.

Habían sufrido juntos, luchado juntos, ganado juntos. Era un vínculo que

solo los soldados podían conocer.

Y los estaba llevando a su fin. No había lugar a dudas: cuatro personas vinculadas al Rey Exánime nunca podrían derrocarlo.

Pero los demás también lo sabían. Y no habían dudado en unirse a él. Ni un instante.

Un pasaje del tratado de su padre le vino a la mente: «Mis hermanos, mis hermanas: uníos a mí en la batalla, uníos a mí en la victoria, y juntos cabalgaremos hacia el cobijo de la Luz». Mograine deseó poder librarles de esta misión suicida. Sabía que, precisamente por ese vínculo, era imposible. Pasara lo que pasara.

—Reunida a la tripulación. Poned en marcha Acherus —dijo Mograine—. Cabalgamos hacia Rasganorte. Cabalgamos hacia Corona de Hielo. Cabalgamos una última vez.



La Alianza había invadido Dazar'alor. Había matado al rey de los Zandalari y se había retirado. Los cuerpos de incontables guerreros, tanto de la Horda como de la Alianza, yacían en las calles.

—Traedme los cuerpos de aquellos que murieron con honor —ordenó el Rey Exánime.

Eso habían hecho. Con mucho cuidado.

Al ser territorio de la Horda, Nazgrim se había encargado de recabar las historias de los héroes caídos y seleccionar a los candidatos. Habían hecho todo lo posible para ocultarse del loa de las tumbas que residía allí, pues no le habría agradado saber que estaban robando en su tierra. Nazgrim no tenía claro que lo hubieran conseguido.

Entonces partieron hacia Kul Tiras. Luego hacia Costa Oscura. Todo campo de batalla que pudieron encontrar. Algunos de los caídos habían muerto enfrentándose a los oscuros horrores que emergían de las profundidades, mientras que otros habían caído luchando por su tierra natal. Algunos se los llevaron tras sobornar a los enterradores y sepultureros que debían

«NAZGRIM SE LO HABÍA CONTADO AL RESTO DE JINETES. ESTABAN TAN PREOCUPADOS COMO ÉL. ¿POR QUÉ ESTABA BOLVAR REUNIENDO EN SECRETO A LA PLAGA EN CORONA DE HIELO MIENTRAS DESPACHABA A CUALQUIER NO-MUERTO QUE PUDIERA CUESTIONÁRSELO?»

inhumarlos, y al resto directamente los habían robado de tumbas sin vigilar.

Era un trabajo siniestro y perturbador. Nazgrim acabó confrontando a Bolvar sobre la cuestión.

—Es mejor dejar que los muertos descansen en su tierra natal, con los espíritus de sus ancestros —gruñó el orco.

El Rey Exánime no se había inmutado.

—Los reclamo yo para que no lo puedan hacer otros.

—¿Otros? —le preguntó Nazgrim a Mograine más tarde. Este no supo responderle con certeza.

—Bolvar tiene su mirada puesta en Sylvanas Brisaveloz porque desconfía de sus intenciones —especuló el alto señor.

La idea de oponerse a Brisaveloz no perturbaba demasiado a Nazgrim. Después de todo, Sylvanas había contribuido a su muerte. Y ella nunca había sido su jefa de guerra.

Habían llevado los cadáveres a Corona de Hielo, donde los inhumaron con cuidado en los gélidos depósitos bajo la ciudadela, protegidos de la putrefacción por el frío.

No fue hasta que Brisaveloz abdicó del mando de la Horda cuando el Rey Exánime comenzó a levantarlos como no-muertos. Uno tras otro, los cuerpos sin vida empezaron a retorcerse, a temblar y, por último, a alzarse a una nueva existencia de dolor, tormento y poder.

El Rey Exánime había recibido a estos nuevos caballeros de la Muerte con una

sencilla orden: «El poder de la muerte crece. Alzaos y convertíos en mis adalides».

Nazgrim había previsto pasar años entrenándolos para que dominaran su nuevo poder, pero a casi todos los enviaron a sus antiguas tierras natales, obligados a encontrar su propio camino en un mundo que los temería y los despreciaría. Nazgrim no podía ni imaginar enviar a soldados recién reclutados a la guerra sin intentar enseñarles cómo sobrevivir. Un día, escuchó a Mograine poner en duda esa decisión de Bolvar.

—Hasta Arthas entrenaba a sus nuevos esclavos —dijo Mograine.

—Yo no soy Arthas —dijo Bolvar—. No son esclavos.

—Exacto —replicó Mograine—. Estamos malditos. Sufrimos cada día. Y el único consuelo que podemos encontrar es infligir muerte y dolor a los vivos. Sin el estricto control de Arthas, la mayoría se habría desbocado. Algunas de estas almas no durarán mucho y pueden herir a inocentes antes de caer.

—Un riesgo necesario —respondió fríamente Bolvar.

Sin embargo, a medida que pasaban las semanas, algo empezó a inquietar a Nazgrim. Parecía que la Plaga estaba siendo atraída a la Ciudadela de la Corona de Hielo. Aunque se desplegaban caballeros de la Muerte, las filas de la Plaga en Corona de Hielo seguían aumentando. Nazgrim primero detectó a unos no-muertos descarriados ocultándose gracias a bancos de nieve que excavaban para luego cubrirse con la nieve recién caída. De modo que pronto empezó a desmoronar todas las acumulaciones de nieve que veía: a veces no contenían nada, pero otras veces revelaban un grupo de no-muertos mirándolo desde abajo.

Eran no-muertos descerebrados. Solo lo habrían hecho por obedecer una orden. Cuando Nazgrim preguntó a Bolvar sobre ello, este solo dijo: «No es de tu incumbencia».

Nazgrim se lo había contado al resto de Jinetes. Estaban tan preocupados como él. ¿Por qué estaba Bolvar reuniendo en secreto a la Plaga en Corona de Hielo mientras despachaba a cualquier no-muerto que pudiera cuestionárselo?

.....

Acherus estaba en marcha. Ya habían dejado muy atrás las Islas Abruptas, por lo que a la vista solo quedaban las estrellas, las nubes, y el mar, mínimamente iluminado por la luna.

Era la primera vez que la fortaleza volante se movía en años. Nazgrim, que ladraba órdenes a la tripulación no-muerta en los pisos superiores, se preguntaba qué pensarían los *shaldorei* de Suramar al verlos pasar volando. Se preguntaba si los exploradores de Monte Alto estarían enviando informes a Orgrimmar en ese mismo momento, avisando de que la Espada de Ébano se había puesto en movimiento. Se preguntaba qué haría la Horda al respecto.

«Si son listos, doblarán sus defensas y se prepararán para una invasión», musitó. Si Acherus regresaba a toda prisa a Corona de Hielo, solo podía significar que se avecinaban problemas. Thrall, o el consejo de la Horda, o quien estuviera ahora al mando, debía saberlo.

Durante la guerra contra la Legión, Nazgrim había insistido en que se evitaran rumores y noticias acerca de lo que estaba ocurriendo en la Horda. No porque no tuviera curiosidad, sino porque temía tener *demasiada*. Había muerto defendiendo a un jefe de guerra tiránico. Cuando se levantó convertido en caballero de la Muerte, se enteró de lo que había ocurrido después. La Horda de Hierro. El regreso de la Legión. Todas las consecuencias del orgullo de Grito Infernal. Las consecuencias de la lealtad de Nazgrim.

Había muerto haciendo honor a su juramento. Había muerto por la Horda. Y, sin embargo, las consecuencias aún le rondaban la mente. Así que había intentado no pensar en ellas.

Durante la Cuarta Guerra, mientras Nazgrim recorría las tierras de la Horda en busca de... *reclutas* adecuados, no pudo evitar descubrir los problemas de la Horda. Había visto a su gente derrocar a *otro* monstruo, y a él se le prohibía ayudar. Era extraño darse cuenta de que quería hacerlo, aunque fuera solo un poco.

La mirada de Nazgrim se posó en una forja de runas, tranquila y

silenciosa. Sin llamas del corrupto fuego violeta, como debía haber estado en las vísperas de la batalla. Tres esbirros de la Plaga se erguían inmóviles, con la cabeza gacha.

Nazgrim preparó su antigua voz. La voz de general.

—Poneos a trabajar —rugió—. Si mi espada se quebrara en combate, ¿tendría que esperar durante horas a que avivara el fuego y calentara la forja? Si os vuelvo a ver durmiendo en el trabajo...

La voz de Nazgrim se fue apagando. Los tres esbirros ya estaban trabajando, impulsados por su determinación más que por sus palabras. Las llamas púrpuras empezaron a aletear en el horno de la forja de runas. Estaba desperdiciando saliva. «No tiene gracia ladrar órdenes a quien no te puede desobedecer», pensó.

Se dio la vuelta. Había otras tareas de las que ocuparse.

Cuando Nazgrim descendió a las plantas inferiores de Acherus, vio a Thoras Aterratrols, quien lo estaba esperando.

—Saludos, mi señor —entonó ceremonioso el orco, doblando las rodillas en una parodia burlona de ese extraño gesto humano llamado «reverencia».

—*Zug-zug*, general —respondió el humano con un suspiro cansado, como si estuviera participando en esa manida broma suya por obligación—. Mograine me ha pedido que te busque. Dice que ninguno de los cuatro deberíamos estar solos hasta que empiece la batalla.

—¿Por qué?

—Por si Bolvar intenta detenernos. Podría hacernos falta la ayuda de los demás.

Por si la Presencia del Rey Exánime sofocaba sus mentes conscientes y los convertía en marionetas, quería decir. Nazgrim gruñó. La única forma de evitar eso sería matarse unos a otros antes de perder el control sobre sí mismos. Había combatido y derrotado a una buena parte de la Plaga en Rasganorte y no jamás olvidaría sus miradas vacías antes de caer. «Prefiero volver a morir que convertirme en un esclavo como ellos», pensó.

—¿Crees que lo hará?

—Aún no lo ha hecho —respondió Aterratrols con calma—. Quizá no lo haga. O quizá es que aún no estamos lo bastante cerca de Corona de Hielo. Si lo hace, y tú aún puedes blandir el hacha, córtame la cabeza, ¿quieres?

—Si me apuñalas tú primero en el pecho, trato hecho. —Nazgrim agarró el antebrazo del humano y lo estrechó. Aterratrols hizo lo propio. Al parecer era un gesto de amistad común entre los soldados de Stromgarde. El viejo rey humano y el general orco se habían vuelto auténticos amigos, aunque les había llevado un tiempo superar los rencores de su antigua vida. Nazgrim había pasado mucho tiempo en campos de internamiento humanos, mientras que Aterratrols había pedido abiertamente que se ejecutara a hasta el último orco de aquellos campos.

Pero este había estado dispuesto a admitir que se había equivocado. Nazgrim imaginaba que era uno de los rasgos que lo había hecho tan querido por su pueblo durante su mandato.

Caminaron juntos por el Bastión de Ébano, inspeccionando a los numerosos tripulantes y sus innumerables tareas para mantener la fortaleza a flote y en marcha. Al fin, Nazgrim formuló la pregunta que había estado rondando su mente toda la noche.

—Si debemos matar a Bolvar, ¿quién llevará el yelmo en su lugar?

—No lo sé —respondió Aterratrols—. Esa corona no me interesa.

—¿Y si fueras el último de nosotros que queda en pie?

Aterratrols negó con la cabeza.

—Es improbable.

—Aun así. ¿Qué harías?

Aterratrols dejó de caminar y lanzó una mirada severa a Nazgrim.

—Lo que haya que hacer para proteger Azeroth. Céntrate en la victoria primero, orco. Dudo que sobrevivamos muchos.

Nazgrim encogió levemente los hombros.

—Creo que Bolvar podría haber matado a Mograine en Corona de Hielo. Y no lo hizo —concedió—. Quizá una parte de él quiere que vengamos y acabemos con él. Puede que nos lo permita.

—Puede. —La mirada de Aterratrols seguía fija en los ojos de Nazgrim—. Pero ¿acaso el último Rey Exánime no atrajo deliberadamente a los mejores guerreros del mundo a su trono? ¿Una trampa de la que escaparon a duras penas?

Un pozo de incertidumbre se formó de pronto en el alma de Nazgrim. No había tenido en cuenta ese dato. «¿Por eso Bolvar dejó volver a Mograine? ¿Para atraernos a los cuatro al Trono Helado, donde su poder es más fuerte, y arrebatarnos el alma a la vez?».

«No», decidió tras un momento.

—Esa no es la intención de Bolvar —dijo.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy —dijo Nazgrim—. Vi sus planes de batalla en Rasganorte. Es lo bastante inteligente como para no repetir la misma estrategia. Sobre todo si no tuvo éxito la primera vez.

Aterratrols rumió sus palabras y asintió.

—Bien dicho. Pero eso significa que no estamos preparados para lo que sí está maquinando.

Y esa era la verdad. La incertidumbre de Nazgrim cristalizó en temor, la emoción más cercana al miedo que podía conocer un no-muerto. En el mismo momento en que Mograine había expresado sus intenciones, Nazgrim supo que lo más probable era que el Rey Exánime los destruyera a los cuatro. No pasaba nada. Ya había muerto en combate. «Hay cosas peores», pensó. El olvido era preferible a la esclavitud.

Lo desconocido era lo que le hacía un nudo en la tripa. Dos ejércitos combativos habían lanzado un asalto contra el último Rey Exánime y casi pierden. ¿Qué esperanza podían tener los cuatro guerreros? Mograine acababa de confirmar que eran vulnerables a la influencia del yelmo. Si fracasaban, ¿podrían terminar el trabajo los ejércitos de la Horda y de la Alianza, hechos trizas por su última guerra?

Incógnitas. Incertidumbres. Nazgrim aún tenía la loca sensación de que Bolvar no era su enemigo, y eso le preocupaba. Quizá su juicio estaba

completamente anulado. Pero su intención no era darse la vuelta. Esta confrontación respondería a todas sus preguntas, para bien o para mal.

—¿Vacilarás a la hora de matarlo? —preguntó Nazgrim.

—He jurado defender Azeroth, no a Bolvar —se limitó a responder Aterratrols.

El orco prosiguió su patrulla. Aterratrols se puso a su lado para acompañarlo.

Cuando llegaron a una de las balconadas externas de Acherus, vieron como las nubes empezaban a cubrir el cielo hacia el noroeste. Corona de Hielo estaba en esa dirección, más allá del horizonte. Nazgrim podía sentirla. Podría haber apuntado hacia ella con los ojos cerrados, firme e inalterable, irguiéndose como un faro invisible. Nazgrim no había sentido que la Presencia se inmutara siquiera desde que Mograine había regresado. Era como si el Rey Exánime los hubiera incomunicado completamente.

Y sin embargo ahí seguía, expectante.

—Debe de saber que vamos en camino —caviló Nazgrim.

—Estoy de acuerdo.

—Tú hablabas con él más que yo —dijo el orco—. ¿Crees que Bolvar está totalmente perdido? ¿O hay una posibilidad de que podamos salvarlo?

Aterratrols se quedó en silencio durante un rato. Nazgrim dejó que ordenara sus ideas sin decir nada. Por fin, Aterratrols comenzó a hablar suavemente.

—Es un líder con un deber tremebundo. Creo que lo único que pretende es afrontarlo por su cuenta hasta que lo hunda.

.....

Thoras Aterratrols se había plantado solo ante el Trono Helado. Por encima de él, en la cumbre de la Ciudadela de la Corona de Hielo, el brillo de dos ojos ígneos atravesaba el yelmo de dominación y del hielo azul lo rodeaba.

La voz del Rey Exánime, oscura como las profundidades inexploradas, habló a través de la Presencia en la mente de Aterratrols. Era la primera vez

que lo hacía en semanas.

—Vete, Aterratrols. Hoy no necesito tus consejos.

—Tal vez —dijo en voz alta Aterratrols mientras subía los escalones igualmente—, pero me gustaría hablar contigo de todas formas.

Con cada peldaño que pisaba, Aterratrols podía sentir cómo crecía la irritación de Bolvar. Palpitaba a través de su Presencia como una herida abierta. «Ve con cuidado», parecía decir.

Aterratrols no había conocido a Bolvar Fordragón en vida. Cuando era rey de Stromgarde, había oído hablar del muchacho Fordragón que estaba impresionando a sus mentores paladines por su determinación y su nobleza de espíritu. Es posible que hubiesen asistido los dos a alguna ceremonia en la corte, pero nunca habían hablado. Todo lo que sabía de Bolvar era lo que había vivido desde que se convirtió en no-muerto: Bolvar era un hombre entregado, resuelto e inquebrantable. Cuando era paladín, debió de haber sido de los mejores. Como Carcelero de los Condenados, no quería hablar de sus tribulaciones. Insistía con terquedad en llevar la carga él solo. Aterratrols se detuvo unos pasos antes de llegar a la cima. No quería erguirse en lo alto de la escalera para cernirse amenazante sobre el trono de Bolvar. La crisálida de hielo velaba los ojos de Bolvar y las cicatrices naranjas del fuego de su cuerpo; no obstante, todo ello le aportaba al trono un sutil resplandor sobrenatural. Aterratrols se preguntó si el hielo de su piel estaría aliviando el fuego de dragón de sus venas. Quizá lo empeoraba.

—Bolvar —dijo Aterratrols—. No somos tus sirvientes. Es hora de que dejes de tratarnos como tales.

Un destello de luz naranja bajo el hielo se correspondió con una palpitación de ira en la Presencia de Bolvar.

—Así que te envía Mograine.

—No, pero Mograine no ha escondido tu distanciamiento.

—No tengo nada que decirle. Ni a ti tampoco. —Frío. Sin vacilación.

—Confiabas tanto en nosotros que nos reviviste. Nos convertiste en tus Jinetes —dijo Aterratrols—. Nosotros también necesitamos confiar en ti. Nos

estás ocultando secretos.

—¿Y qué secretos debería confiaros? —preguntó Bolvar. La ira se acrecentaba.

Aterratrols abrió las manos y gesticuló con calma.

—Estás reuniendo un ejército. Todos tenemos claro que estás posicionando tus piezas de ajedrez, pero no podemos dilucidar tu objetivo. Cuéntanos tus planes y te ayudaremos.

—Moriríais. Eso no me ayudaría en nada. —Bolvar hablaba con el desprecio de un padre frustrado con su hijo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Aterratrols se había sentido así.

—Si envías soldados a la batalla sin prepararlos antes, sí, seguramente morirán —reconoció Aterratrols—. Y es evidente que nosotros no estamos preparados. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué fuerza es la que ahora te obliga a dejarnos al margen?

—Sylvanas Brisaveloz.

Thoras Aterratrols dudó. «¿Brisaveloz?». El Rey Exánime había estado interesado en ella desde que comenzara la Cuarta Guerra; les había dicho a sus Cuatro Jinetes que le transmitieran cualquier rumor acerca de su paradero, aunque les había prohibido tajantemente darle caza ellos mismos. No obstante, Bolvar también les había dicho a los Jinetes que nunca había mostrado más que desprecio hacia el yelmo.

—¿Qué pasa con ella?

—Su guerra ha trastocado el equilibrio entre la vida y la muerte. La muerte está de celebración, y el poder del yelmo hierve —dijo Bolvar—. La Legión convirtió nuestro mundo en un osario y, sin embargo, en su momento, no me lo pareció en absoluto.

Aterratrols aún no estaba seguro de lo que había perturbado a Bolvar.

—Da igual lo que Sylvanas pretendiese hacer: fracasó.

Aterratrols sintió como la ira de Bolvar entraba en ebullición, pero tenía la extraña sensación de que, ante todo, Bolvar estaba enfadado consigo mismo.

—¿Ves algún indicio de que ella crea que ha fracasado?

.....

La capa de nubes ocultaba el amanecer, pero el resplandor del alba revelaba poco a poco los acantilados y las ruinas abandonadas de la costa del Cementerio de Dragones. Aún quedaban horas para que la Ciudadela de la Corona de Hielo pudiera discernirse.

Sally Melenablanca estudió meticulosamente a Darion Mograine con el rabillo del ojo. Había llenado las horas de la noche con su trabajo de mando, lanzando órdenes bruscas a la tripulación de Acherus como preparación para un asedio. Ahora escrutaba un mapa de Rasganorte con los ojos inmóviles, seguramente sumido en sus pensamientos.

«No lo podemos permitir», decidió Melenablanca. Si Mograine se distraía de la terrible tarea que tenía ante él, podría ser vulnerable al control de Fordragón.

—Cuando el último Rey Exánime te convirtió en su títere, ¿qué sentiste? —preguntó.

Mograine la miró.

—Reza por que no lo descubras.

—No estoy intentando traerte recuerdos aciagos —mintió—, pero Fordragón debe de saber que vamos a por él. Si intenta despojarnos de nuestra voluntad, deberíamos estar preparados para resistir. ¿Cómo lograste escapar del control de Arthas en la Esperanza de la Luz? ¿Cómo conservaste tu libertad?

El alto señor entrecerró los ojos.

—Estaba en suelo sagrado cuando quedé libre. La ira justiciera me sostuvo hasta que Arthas murió.

—Entonces... la Luz. Y la ira. ¿Nos ayudará alguna de esas dos cosas ahora? —preguntó Melenablanca, con un matiz de urgencia en su voz. Quería provocar la segunda en él, si podía. Desde el momento en que se había convertido en no-muerta, estaba llena de odio. Una vida dedicada a erradicar a los no-muertos solo para acabar convertida en una... Era una

ironía especialmente cruel. Y, a pesar de ello, había aceptado su misión. Había usado su poder oscuro para defender Azeroth, sin importar su aversión personal. No dejaría que su sufrimiento la afectara, incluso conociendo los sentimientos encontrados de Mograine.

—Hoy no reclamaría la ayuda de la Luz, *caballero de la Muerte*, excepto como último recurso —dijo Mograine fríamente—. Con mucha suerte, la Luz responderá consumiendo tu carne corrupta hasta que solo queden cenizas. Confía en mí: no es una manera agradable de morir.

Melenablanca sabía que también hablaba desde la experiencia propia respecto a eso.

—Tengo dudas contigo, alto señor —dijo—. Cuando llegue el momento de matar a Bolvar, puede que flaquees.

Mograine volvió a mirar a la mesa.

—¿Para ti sería fácil matarlo, pues?

Melenablanca se permitió volver a sonreír.

—¿Creeías que decía en broma lo de querer matar al Rey Exánime?

—No. —Después de volver a escudriñar el mapa de Rasganorte un momento, lo apartó al fin—. No siento ira hacia Bolvar. Solo remordimientos. Pero llevaré a cabo mi deber. Le prometí que lo haría.

De repente, los ojos de Mograine se abrieron más.

—¿Qué...? —empezó.

Melenablanca lo sintió un instante después.

La Presencia en su mente, la conexión entre ella y el Rey Exánime, había vuelto a despertar.

Por un momento, pareció como si se hubiera prendido fuego. No... No era calor lo que sintió Melenablanca. Era el abrasador frío de la congelación que envolvía lentamente la Presencia del Rey Exánime.

«Ha empezado».

—Alto señor, ¿eso es...?

—Sí —respondió Mograine—. Igual que pasó con Arthas. El poder del yelmo. Bolvar ya no puede contenerlo más.

«MORIRÍAIS. MORIRÍAIS LOS CUATRO».

—¿Ha caído? —preguntó Melenablanca.

Sí —dijo Mograine. Melenablanca lo oyó hablar en un tono suave y pesaroso—. Bolvar, no entiendo...

«Por la Luz, yo también puedo sentirlo», pensó Melenablanca. Bolvar había aceptado la corruptora maldición de no-muerte en su forma más básica: un hambriento río de decadencia que busca consumir la esencia misma de la vida.

Si a Melenablanca le quedaba alguna duda, ya se había esfumado. «El Rey Exánime debe morir de inmediato». Podía sentir la más leve manifestación de su poder filtrándose en su Presencia, como gotas de agua perlando un vaso frío, recorriendo el interior de su mente y cayendo sobre su alma destrozada. Unos días así y, aunque Bolvar intentara protegerlos (incluso si quisiera), los Cuatro Jinetes estarían tan perdidos como él.

Le alivió ver que la expresión de Mograine se endurecía. «Ahí está», pensó Melenablanca. «El alto señor, por fin listo para la batalla».

Él dirigió la mirada hacia Rasganorte y luego se golpeó la coraza con el puño.

—Ahora no tenemos otra opción —dijo—. No podemos volver atrás. Si Bolvar sigue siendo el Rey Exánime cuando caiga el sol, puede que no haya forma de detenerlo.

Mograine alzó la voz y dejó que sus palabras resonaran por Acherus:

—¡Por Azeroth! ¡Por los vivos! Y por nosotros mismos: cabalgamos para matar a Bolvar.

.....

Un día antes, Darion Mograine se había acercado al Trono Helado con la espada desenvainada y el alma hundida.

—Bolvar —anunció Mograine—. Debemos hablar. Ahora.

No hubo respuesta. Una ráfaga helada golpeó la cima de la ciudadela, salpicando de hielo la armadura de Mograine. Subió el primer escalón hacia Bolvar. No podía distinguir si el Rey Exánime estaba mirándolo. El hielo que rodeaba a Bolvar carecía de su claridad habitual.

—Bolvar, te hice una promesa. —Mograine subió otro escalón—. ¿Recuerdas?

Nada. Bolvar seguía sin mirarlo. Mograine sintió que un nudo de dolor le subía a la garganta. «De todas las emociones que podía conservar en la muerte, me tocó la pena», pensó apesadumbrado. Siguió subiendo.

—Juré que nunca te dejaría llegar a ser como Arthas. —Otro paso. «Digo, Bolvar», pensó Mograine. «No me hagas hacerlo».

Mograine subió otro escalón y casi se resbala. Diminutos riachuelos de agua recorrían las escaleras bajo sus botas.

Mograine no lo entendía. ¿De dónde venían?

Mograine subió corriendo los últimos escalones y sus botas salpicaron agua con cada paso. Justo antes de llegar al Trono Helado, se detuvo. Sus ojos se abrieron de par en par.

El hielo que rodeaba al Rey Exánime se estaba derritiendo. Ya había desaparecido un tercio.

—Bolvar —susurró Mograine—. ¿Qué estás haciendo?

Por fin, los dos ojos naranjas se encontraron con los suyos.

—Ha sido una necesidad venir solo, Mograine.

«En efecto, lo ha sido». Mograine había venido con la esperanza de que Bolvar respondiera a un ultimátum, no de encontrarse al Rey Exánime preparándose para dejar el trono.

«He esperado demasiado para confrontarlo», pensó Mograine. O peor: tal vez había obligado a Bolvar a actuar.

—Necesitamos saber que no has cedido a la tentación del yelmo —dijo Mograine—. Has aguantado como Carcelero de los Condenados durante años.

—¿De verdad? —Bolvar estaba tranquilo. Demasiado tranquilo—. Al

«MATAR AL PORTADOR. NO "MATARME". PORQUE QUIZÁ EL YELMO YA NO LE IBA A PERTENECER».

mantener a raya el poder del yelmo, me volví ciego a su propósito.

«¿Su propósito?».

—Sea cual sea, te podemos ayudar a detenerlo, pero no puedes ceder al poder del yelmo por ningún motivo, Bolvar. Conoces las consecuencias.

—Los ejércitos de los muertos marchando por el mundo arrasado que han destruido. El lugar de la vida en Azeroth, perdido.

—Sí —susurró Mograine.

—¿Y quién va a detenerlo, alto señor?

—He luchado contra un Rey Exánime —dijo Mograine—. Aún tengo fuerzas para otro.

La Presencia apareció con un sentido del humor siniestro.

—Si quisieras matarme esta noche para ocupar mi lugar, Mograine, tu reino sería de lo más breve.

¿Qué significaba eso?

—¿Ahora te burlas de mí? No quiero tu yelmo ni tu trono. Echaría abajo toda esta maldita ciudadela y a todas las criaturas que habitan en ella si no supusiera la condenación de tantos. —Mograine hizo un gesto de barrido con el brazo para señalar todas las fortificaciones alrededor de Corona de Hielo—. Yo puedo ayudarte. Los cuatro podemos. Sea cual sea la carga.

—Moriríais. Moriríais los cuatro.

—¿Pues moriremos! —estalló Mograine—. ¿Crees que alguno de nosotros teme volver a morir? Cabalgaremos contra cualquier enemigo que amenace Azeroth. Y si caemos, se lo haremos pagar cien veces.

—Sí, espero que lo hagáis —dijo el Rey Exánime.

Una grieta apareció en el hielo por encima de la cabeza del Rey Exánime. La fisura se abrió hasta cruzar su rostro y trazó una línea dentada a lo largo del cuello. Un gran trozo de hielo cayó cerca de los pies de Mograine y se rompió en añicos que volaron con el viento.

Mograine se tensó. Ahora había una abertura en el hielo que exponía el cuello de Bolvar. «Un solo espadazo certero», pensó.

Pero algo iba mal. Era como si Bolvar lo estuviera invitando a hacerlo. Mograine cerró los ojos un instante. Recompuso sus ideas.

Y decidió blandir su espada.

Pero justo antes de que sus músculos iniciaran el movimiento, la Presencia reaccionó. De pronto, Mograine no podía moverse; Bolvar lo estaba reteniendo.

Mograine se revolvió intensamente en su mente, intentando deshacerse de Bolvar igual que una vez escapó de las cadenas de Arthas. Y funcionó. Algo cedió. Era como si a Bolvar le costara mantener el control sobre el alma de Mograine.

Mograine blandió su espada sin dudarlo contra el cuello de Bolvar.

La Presencia hizo presión. La espada cayó de las manos de Mograine.

La desesperación inundó a Mograine cuando su arma rebotó contra el hielo y el agua frente al trono del Rey Exánime. La Presencia se aferró a su ser, atándolo a la voluntad de Bolvar con lazos más fuertes que el acero.

«He fracasado».

—Recoge tu espada, Mograine. Te va a hacer falta. —Ahora la Presencia tenía un control absoluto sobre él. Mograine estaba atrapado en la prisión obra del yelmo, incapaz de moverse o hablar por sí mismo, mientras sus brazos recogían despreocupadamente la espada y la envainaban—. Ahora camina.

Los pies de Mograine obedecieron. La Presencia lo obligó a dar la espalda al Trono Helado y a bajar los escalones. Bolvar invocó (no, Mograine invocó, de acuerdo con la voluntad no explícita de Bolvar) un portón de la muerte a Acherus.

—Podría enviarte de vuelta como un instrumento. Los otros tres te están esperando, ¿verdad? ¿Con cuántos podrías acabar antes de que por fin te

destruyeran?

Un soplo de esperanza. «Hazlo. Envíame de vuelta», pensó Mograine.

Bolvar se dio cuenta.

—Ya veo. Te están esperando. Y Melenablanca sospecha que no volverás siendo tú mismo. Estarían preparados para eso. Bien.

El portón de la muerte se activó. Una columna de niebla violeta oscuro se convirtió en una pirámide, un poco más alta que Mograine.

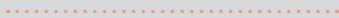
La Presencia obligó a Mograine a caminar hacia ella.

—No vuelvas solo, Mograine —ordenó Bolvar—. Solo juntos tendrás los cuatro una posibilidad de matar al portador del yelmo. Adiós.

Mograine entró por el portón hacia Acherus. Y la niebla desapareció tras él.

Como también se desvaneció el control de Bolvar. La Presencia volvía a estar inactiva, en silencio, acechando en su alma como una víbora y esperando el momento adecuado para atacar.

Mograine cayó de rodillas con la cabeza entre las manos. Era libre, pero se sentía más perdido que nunca.



Ya casi había llegado la hora.

Poco antes, habían consensuado un plan de ataque. Si Bolvar no se rendía inmediatamente y se quitaba el yelmo, Acherus bombardearía sus filas, lo que despejaría el camino para el asalto directo de los Cuatro Jinetes al propio Rey Exánime. Lo que pasara después dependería de cuántos de ellos resistieran a su control. Si es que alguno lo conseguía.

Pero ahora la Presencia había cambiado. Estaban lo bastante cerca para sentir mejor la influencia de Bolvar. Estaban quizá a una hora de la Ciudadela de la Corona de Hielo, demasiado lejos para ver el Trono Helado con sus propios ojos, aunque el cielo se había despejado lo suficiente para dejar entrever su amenazadora silueta.

Y ahora podían ver algo en sus mentes.

Mograine había sido el primero en darse cuenta. Una extraña escena apareció como un destello en su cabeza: un miembro de la Plaga de Bolvar cayendo al suelo, con una flecha teñida de negro incrustada en su cuerpo. Unos minutos más tarde, eran docenas los que caían ante el Trono Helado. Y luego más docenas.

Se estaba librando una batalla en Corona de Hielo. Podían verlo a través de la Presencia. No... Bolvar se lo estaba enseñando. Los Cuatro Jinetes permanecieron en silencio en Acherus, observando la lejana aguja. A medida que los minutos pasaban, las imágenes iban siendo más claras.

De repente, Melenablanca hizo un gesto de sorpresa.

—Es Brisaveloz. Bolvar está luchando contra *Sylvanas Brisaveloz*.

Una vez que lo dijo, Mograine pudo verla: los ojos brillantes, la cicatriz reciente en el rostro. Sí era Sylvanas. Había venido a por el yelmo.

Y de repente, justo en ese momento, Mograine lo entendió.

«Solo juntos tendréis los cuatro una posibilidad de matar al portador del yelmo», había dicho Bolvar.

Matar al portador. No «matarme». Porque quizá el yelmo ya no le iba a pertenecer.

«Sabía que vendría», comprendió Mograine. Bolvar había adivinado que Brisaveloz intentaría arrebatarle el yelmo y había planeado usar el yelmo para detenerla, porque Sylvanas nunca usurparía el poder del Rey Exánime sin intención de aprovecharlo después.

Pero Bolvar tenía que ser consciente de que habría consecuencias. Solo podía haber un resultado tras usar el yelmo: un mundo muerto. No importaba si podía soportar la corrupción un mes, una semana o un minuto después de aceptar su poder. Acabaría igual. Azeroth caería.

A menos que cuatro jinetes que juraron defender Azeroth pudieran detenerlo mientras estaba aún debilitado tras el combate con Brisaveloz. Incluso si ganaba ella, sería inexperta con el poder del yelmo y, por tanto, vulnerable, aunque fuera unos instantes.

Bolvar había provocado a Mograine y al resto de los Cuatro Jinetes para

que fueran a matarlo en el momento exacto en que su reino podía terminar. Y los había aislado de su control (a todos esos nuevos caballeros de la Muerte) todo lo que pudo para que, sin importar quién ganaba su particular batalla con Sylvanas, los Jinetes tuviesen una posibilidad.

Aterratrols intercambió una mirada con Mograine.

—¿Esto cambia algo para nosotros? —preguntó.

Mograine se giró hacia los demás.

—No. Esto no cambia nada. Nuestra misión sigue siendo la misma.

—Después volvió a mirar hacia Corona de Hielo—. Bolvar sabía que este día llegaría. O ganaba, o habría un nuevo Rey Exánime.

—Reina —dijo Melenablanca.

—Exacto. —«Ojalá hubieras tenido la confianza en mí como para decírmelo, Bolvar». Pero no podía ser. Mograine habría insistido en estar ahí para luchar contra Sylvanas con él. Y los demás también. A juzgar por los cadáveres frente al Trono Helado, los cuatro habrían muerto—. Nos quería aquí y ahora para rematar al vencedor cuando acabase la batalla, después de que Sylvanas se hubiese abierto paso entre la Plaga por nosotros y antes de que tuviese una oportunidad de aprender cómo dominar nuestra voluntad.

Nazgrim reflexionó un momento.

—Uno de nosotros tendrá que ocupar su lugar.

Tras su intervención, reinó el silencio durante un largo rato. Los ojos de Melenablanca iban de un Jinete a otro, intentando ver si alguno de ellos estaba dispuesto a afrontar esa carga.

Un ruido distante, casi como un trueno, volvió a atraer su atención a Corona de Hielo. La Presencia se sacudió. La corrupta y gélida determinación de Bolvar ahora estaba impregnada de desesperación.

Con total claridad, Mograine vio en su mente a Sylvanas extendiendo un brazo hacia la cabeza de Bolvar.

Y luego, dolor. Dolor para todos. Como si la hoja de un cuchillo les hubiera atravesado el cráneo. Mograine gritó y arrojó su propio yelmo al

suelo de la Sala de Mando para apretarse las sienes con las palmas de las manos, como intentando exprimir el dolor, apenas consciente de que los demás también estaban gritando.

Unos instantes después, el dolor terminó de forma tan repentina que Mograine cayó de rodillas aliviado, aún agarrándose la cabeza. Pasó un tiempo antes de alguno pudiera hablar.

—¿Dónde está la Presencia? —preguntó Nazgrim con voz cansada.

Mograine tampoco sabía nada. No respondió. Se limitó a disfrutar de la ausencia de dolor. Era *maravilloso*.

—¿Dónde está Bolvar? —volvió a preguntar el orco—. No puedo sentirlo.

Tenía razón. La Presencia de Bolvar se había ido. «No, no se ha ido. Se ha vaciado», comprendió Mograine. El conducto del control seguía ahí, pero estaba... vacante. Era la misma sensación que tras la derrota de Arthas.

—Sylvanas ha tomado el yelmo —dijo Mograine. Miró a los ojos al resto—. Ahora ella es el objetivo.

Melenablanca resopló.

—Entendido.

—¿Qué hay de Bolvar? —rugió Nazgrim.

Aterratrols miró a Mograine.

—No creo que siga siendo el Rey Exánime. Lo salvaremos si podemos —respondió Aterratrols.

—Estoy de acuerdo —dijo Mograine.

Miró más allá de Aterratrols, a la tripulación de no-muertos de Acherus. La mayoría de ellos se habían quedado paralizados. Aquellos con mente miraban a su alrededor, confundidos; aquellos sin mente miraban a la nada y empezaban a sacudirse.

«Siempre debe haber un Rey Exánime».

Pronto, la mayor parte de la tripulación de Acherus (y el resto de la Plaga de Rasganorte) volvería a caer en una violencia irracional y frenética. Y si Sylvanas se pusiera el yelmo, percibiría el acercamiento de Acherus, percibiría las intenciones de los Cuatro Jinetes. Mograine no tenía duda

de que intentaría doblegarlos a su voluntad para detenerlos. «Incluso si no tiene éxito, tendremos que abrirnos paso por el resto de su Plaga».

Señaló con un gesto la fortaleza flotante.

—Puede que estemos lo bastante alejados de Corona de Hielo para mantener el control de la tripulación de Acherus. Preparadlos. Esta puede ser nuestra única espe...

Se interrumpió, aunque la boca seguía moviéndose en silencio. La Presencia de su cabeza estaba cambiando. Esta vez no era dolorosa. No exactamente. Mograine nunca había sentido nada parecido. Ni siquiera cuando Arthas cayó.

Si la Presencia fuera un conducto de control y poder, sentía que ese conducto estaba desmoronándose, abriéndose en canal. Mograine no lo entendía, pero era... liberador. Como si su mente hubiera estado retenida, y las cadenas estuvieran cayendo una por una. Como si nunca hubiera sido consciente de hasta qué punto estaba bajo su control.

Nazgrim gritó de repente:

—¿Qué está haciendo?

Mograine dirigió la vista a Corona de Hielo justo a tiempo de ver el cielo pulverizarse.

Una ola de choque golpeó Acherus, y Mograine casi perdió el equilibrio. Nazgrim lo cogió del brazo para estabilizarlo, y la fortaleza flotante se bamboleó en el aire.

—¡Estabilizadla! —gritó Mograine—. ¡Estabilizad Acherus!

Algunos miembros de la tripulación respondieron a la orden. Aun así, parecía que la fortaleza iba a caer derribada. Entonces se niveló. Si hubieran podido soltar un suspiro de alivio, lo habrían hecho.

—¡Mantened la posición! —ladró Nazgrim. Con sus experimentados ojos, escaneó el horizonte para recabar todos los detalles.

Mograine observó Corona de Hielo. El cielo azul sobre ella había desaparecido. Se había hecho trizas. Ante él solo había un reino oscuro, ahogado por una densa niebla negra e iluminado únicamente por un

inflamado brillo naranja y ambarino que relampagueaba. Y descendiendo de entre la niebla, otra estructura colgaba directamente sobre la Ciudadela de la Corona de Hielo.

Mientras observaba la escena, Mograine se dio cuenta de que la Presencia había desaparecido. El yelmo había sido destruido. Y con su destrucción...

—El velo entre la vida y la muerte —suspiró Mograine—. Lo ha roto.

Mograine se dio cuenta de que Bolvar había cometido un terrible error. Debió de haber asumido que Sylvanas venía a ponerse el yelmo, no a destruirlo. Pero ¿cómo podía haberlo sabido? ¿Cómo podía haber sabido que destruirlo provocaría esto?

Mograine oyó una espada silbando detrás de él y luego el sonido de algo pesado al caer al suelo.

—Alto señor, desenvaina —le urgió Aterratrols.

Mograine así lo hizo, aún observando el cielo. Algo chocó contra él, así que se volvió con una ceja levantada. Era un miembro de la tripulación de Acherus, que arañaba su armadura e intentaba matarlo.

Lo derribó sin prestarle atención. Vio que ya había varios cadáveres en el suelo a su alrededor.

«La Plaga no tiene Rey Exánime», entendió al fin Mograine. «Si la Luz lo quiere, nunca lo volverá a tener».

Ese pensamiento lo devolvió a la acción. Solos unos pocos miembros de la tripulación habían enloquecido tan rápidamente, y los Cuatro Jinetes los habían despachado.

Mograine escudriñó el resto de la Sala de Mando y comenzó a lanzar órdenes. En el caos también se podía encontrar claridad, como Mograine había aprendido hace mucho. Si puedes ver un problema, es que puedes resolverlo.

«Primero una catástrofe y luego el resto».

—No sé cuál será el siguiente paso de Sylvanas, pero puede que Bolvar sí. Lo necesitamos —dijo Mograine—. Melenablanca, Nazgrim. Seguimos a una hora de Corona de Hielo. Cuando llegemos, vosotros buscaréis a

Bolvar. Si sigue vivo, traedlo de vuelta.

Asintieron. Mograine miró a Aterratrols.

—Hasta entonces, debemos asegurar Acherus. Dominaremos a aquellos a los que aún se pueda controlar y eliminaremos al resto. Necesitamos salvar a todos los que podamos para... lo que pueda venir.

—Entendido —dijo Aterratrols. Juntos se adentraron en la fortaleza. Pronto sus armas cantarían en el frío aire de Rasganorte.



Melenablanca no dejaba de mirar el Trono Helado mientras Nazgrim y ella avanzaban hacia él. No prestaba atención al cielo desgarrado más arriba. Era un problema para más tarde. Buscó atentamente cualquier signo de que Sylvanas aún estuviera allí, pero parecía que la Reina Alma en Pena ya se había ido.

El orco llegó primero y se abalanzó sobre los ruinosos restos del Trono Helado. Melenablanca llegó un instante después y adelantó a Nazgrim, sorteando ágilmente los cuerpos de la Plaga caídos. Vio a Bolvar junto al centro de la plataforma, tumbado de costado.

Estaba mirando hacia el cielo, y se podía ver la conmoción y el horror en su rostro. Melenablanca lo entendió por completo. Se arrodilló a su lado, y lo recostó sosteniéndole el cuello.

—¿Se ha ido? —preguntó.

Bolvar apenas parecía capaz de formar palabras. Melenablanca sospechaba que no era por las heridas, sino por la insondable magnitud del desastre que no había sido capaz de evitar.

—Sí. Sylvanas se ha ido. —El remordimiento y la culpa inundaban su voz—. No tenía ni idea. Ni siquiera había *soñado* que...

Nazgrim se arrodilló a su lado.

—Vamos a volver a Acherus —dijo—. Hay mucho por hacer.

Juntos, Melenablanca y él ayudaron a Bolvar a levantarse. Este se aferró al hombro acorazado de ella.

—¿Sabéis lo que ha hecho?

—No. Nos lo contarás cuando estemos a salvo —dijo Nazgrim—. Y luego podrás decirnos qué debemos hacer.

Bolvar los miró confundido.

—Ya no soy el Rey Exánime —dijo.

—Es una lástima. —Melenablanca pasó el brazo de Bolvar por encima de sus hombros para aguantar su peso—. Había venido hasta aquí para matar al Rey Exánime. Me parece una desconsideración que hayas renunciado justo a mi llegada.

—No tenéis que seguir mis órdenes —dijo Bolvar.

—Claro que no —dijo Melenablanca con una sonrisa asomando en sus labios.

Nazgrim también estaba sonriendo.

—Habías intentado planear tu propia muerte para asegurar la victoria. *Lok-tar ogar*, ¿eh? Guía nuestras espadas y obedeceremos.

Bolvar cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, Melenablanca vio determinación en ellos. «Excelente», pensó.

Bolvar señaló los fragmentos del yelmo de dominación.

—Entonces recogedlos. Con cuidado. Los vamos a necesitar —dijo.

Melenablanca soportó todo el peso de Bolvar mientras Nazgrim recogía los trozos.

—Entonces..., ¿ahora qué, alto señor?

Bolvar miró al cielo una vez más.

—Necesitamos aliados, todos los que podamos encontrar. Y después cargaremos hasta el mismísimo corazón oscuro de la muerte.

—Bien —dijo ella—. Me preocupaba que fuese a ser sencillo.



CRÉDITOS

AUTOR:

Robert Brooks

EDICIÓN:

Allison Irons

DISEÑO:

Betsy Peterschmidt

PRODUCCIÓN:

Brianne Messina

CONSULTORÍA DEL UNIVERSO:

Sean Copeland, Justin Parker, Anne Stickney,
Ely Cannon, Steve Danuser, George Krstic,
Korey Regan

TRADUCCIÓN:

Mizar Becerril y Pablo Barroso

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES:

Jason Campbell, Jamie Cox, Anna Ficek-Madej,
Thomas Floeter, Felice Huang, Ty Julian